

Breve antología

Severino Salazar

Nota sobre la edición

La reunión de la obra de Severino Salazar (Tepetongo, Zacatecas, 1947 – Ciudad de México, 2005) que hemos hecho pretende satisfacer un objetivo básico: recuperar del limbo de ediciones agotadas y dispersas la serie de libros que el autor escribió y publicó como fruto de su vocación de escritor. Se trata de novelas, cuentos, relatos de extensión media (“noveletas”), ensayos y artículos que conforman su obra adulta y madura (pues sabemos que, amén de borradores y proyectos que no adquirieron suficiente perfil, hubo intentos juveniles que él mismo destruyó y que fueron etapas para llegar a ese título que es hoy un clásico de las letras mexicanas recientes: *Donde deben estar las catedrales*). Reunir y organizar la obra de Salazar, tal fue el cometido; en ediciones fidedignas a las originales y, en la medida de lo posible, corrigiendo erratas evidentes.

Cuando aconteció su prematura muerte, el autor no había previsto los términos legales de rigor para heredar su obra. El camino fue largo y requirió paciencia; finalmente se saneó la situación legal, desde el intestado hasta la declaración de su familia como heredera legítima, con su hermana María de Jesús como albacea facultada para gestionar la vida editorial de la obra. En ese momento pudo plantearse un proyecto editorial. En consecuencia con la importancia inherente, desde el inicio nos propusimos no limitarnos a regresar a la circulación ediciones sueltas de algunos títulos, sino una organización que estructurase y reuniera el legado literario de Salazar. Es lo que hemos buscado ofrecer.

Con el fin de agilizar la circulación del conjunto, estimamos conveniente la edición en volúmenes individuales, respetando naturalmente los títulos y la autonomía de cada obra específica. La secuencia se guía cronológicamente. Cada uno de ellos es presentado por un prólogo solicitado para la ocasión a un escritor ampliamente familiarizado con el mundo imaginario de Salazar, pues de hecho los prologuistas son concienzudos estudiosos del mismo. Fuera de este elemento, no es ésta una edición crítica.

Es así que la reunión de la obra de Severino Salazar ha sido posible por primera vez.

Juan Pablos Editor / Alberto Paredes

Obras reunidas de Severino Salazar, director editorial: Alberto Paredes, ilustraciones de portada: Manuel Felguérez; Juan Pablos-INBA, México, 2013.

VOLUMEN I

Novelas, 1

1. *Donde deben estar las catedrales*, presentada por Hernán Lara Zavala.
2. *El mundo es un lugar extraño*, Marcela Quintero.
3. *Desiertos intactos*, Gonzalo Lizardo.

VOLUMEN II

Novelas, 2

4. *¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, Ignacio Trejo Fuentes.
5. *La locura de las flores*, Miguel Ángel Quemain; postfacio de Alberto Paredes.
6. *Paisajes imposibles*. *La danza de los ciervos*, José María Espinasa.

VOLUMEN III

Cuentos y relatos reunidos

7. *Las aguas derramadas*, Miguel Ángel Quemain.
8. *Cuentos de Tepetongo*, Alberto Paredes.
9. *Tres noveletas de amor imposible*, Vicente Francisco Torres.
10. *Cuentos de Navidad*, Dolores Castro.

VOLUMEN IV

11. *Ensayos y artículos reunidos*, selección y presentación de Alberto Paredes.

La editorial independiente JUAN PABLOS nació en 1971. A partir de la década de los noventa se ha dedicado a recuperar el trabajo de los investigadores nacionales con gran calidad académica. Ha publicado sobre diversos temas, aunque siempre enmarcados dentro del área de las humanidades y las ciencias sociales.

Profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ALBERTO PAREDES (Pachuca, 1956) investigó la obra de Flaubert en la Universidad de Rouen. Además de colaborar periódicamente en la sección de cultura de *Proceso*, Paredes ha publicado dos libros de poesía, *Derelictos* (1992) y *Cantapalabra* (2005), y diversas obras de crítica literaria, entre ellas *El arte de la queja* (1995), sobre López Velarde.

**Texto original leído por Severino Salazar
al recibir el Premio Bellas Artes Juan Rulfo
para Primera Novela 1984¹**

Nací en una casa de adobes y cantera en uno de los muchos ranchos perdidos por los rincones del estado de Zacatecas. Ahí habían nacido mi padre y mi madre, y más atrás sus abuelos. El rancho está en el fondo de uno de los columpios de un ancho valle. Por alguna razón la casa no tenía ventanas, sólo puertas. Pero desde el patio de mi casa se miraba al valle ondulante y lleno de colores, que como un tapete se desenrollaba hacia los cuatro puntos cardinales, hasta que se volvía azul marino, azul cielo, y desaparecía. De niño aprendí a otear grandes distancias, pues desde mi patio se contemplaba todo el mundo, y en medio de éste, bien plantada, estaba la capilla y su austera torre, y luego el camposanto como un jardín descuidado, vigilante, voraz.

El viento llegaba de diferentes rumbos durante todo el año y pronto aprendí lo que traía o lo que significaba para nuestras vidas. Mi padre me enseñó los nombres de las plantas, de los lugares y el uso de los animales, como a él se lo había enseñado mi abuelo, y a mi abuelo su padre, y así... La vida pasada, la

que se había llevado a cabo antes de que yo viniera al mundo también me fue dicha. Se me puso al corriente sobre la vida de mis vecinos para que yo las siguiera junto con la mía, para que se entretajaran todas juntas. Y en las noches escuché las leyendas y los orígenes de nuestro mundo. Estaba seguro del lugar donde estaba parado junto con mis semejantes. Sabía que nuestro lugar se encontraba entre la tierra y el cielo y que ese espacio no albergaba ningún misterio.

Pero a principios de los años sesenta desperté a una pesadilla en un suburbio de la ciudad de México, en la colonia Tlacotal. Habitaba en dos cuartos de tabiques pelones que daban a una calle lodosa en verano y a un terregal en los meses de sequía. Me di cuenta que ahí no había estaciones, que el viento, la lluvia, el sol y la tierra me eran desconocidos y hostiles, ya no guardaban ningún significado. La naturaleza se había vuelto onerosa. Mientras una ciudad crecía y se amontonaba a nuestro derredor.

Y después tuvieron que pasar diez largos años para que con sorpresa y amargura me diera cuenta de que yo era parte de ese éxodo masivo del campo rumbo a la gran ciudad, que había comenzado en los sesenta y que todavía no termina, que yo como millones de seres humanos habíamos dejado nuestra tierra, nuestro espacio para volar como las termitas, atraídos por la luz, tras el brillo de la metrópoli, para morir en ella, para quedar ciegos, tal vez.

¹ SEVERINO SALAZAR (Tepetongo, Zacatecas, 1947 - Ciudad de México, 2005) estudió Letras Inglesas en la UNAM y el posgrado en Swansen, Gales. Fue profesor de la UNAM y la UAM. Colaborador de *Crónica Dominical*, *El Día*, *El Nacional*, *La Jornada*, y *Revista Mexicana de Cultura*. Obtuvo el Premio Nacional Juan Rulfo para Primera Novela 1984 por *Donde deben estar las catedrales*.

Sin título (de la serie Liminal Animal),
acuarela y tinta sobre papel de algodón,
15 x 22, 2014.



Y más años después, yo como ellos, ya no podía con la carga de nostalgia. Supe que mi condición era la nostalgia, el recuerdo, la añoranza. Que había sufrido una pérdida, y que hasta ahora reparaba en ella. Que ya me había alejado bastante para regresar a buscarla. Se había hecho tarde...

Y me senté a escribir *Donde deben estar las catedrales*.

Porque debía contestarme muchas preguntas. Pues sentí que había perdido mi lugar en el mundo, no me era familiar el pedazo de tierra donde estaba parado, ni sabía por qué me encontraba ahí.

Salieron las preguntas, pero nunca llegaron las respuestas.

El precio que tuve que pagar para estar esta noche con ustedes fue muy caro, para aprender a describir mi lugar, para aprender las estrategias para comunicarlo tuve que pagar ese alto precio que fue, a saber, dejarlo, abandonarlo. Y una vez afuera, no hay forma de regresar, porque en el viaje se había perdido la inocencia, y el paraíso, por ende, desapareció.

Ahora lo visito, pero ya no es el mismo lugar, está hueco. Aunque nada ha cambiado, el aire es el mismo, los árboles, el río, las montañas y sus nubes. Todo es igual, pero yo no.

Señoras y señores, gracias.

Encuentros con el muro de Berlín²

En los años sesenta empezaron a aparecer imágenes del muro de Berlín en los noticieros del cine —en blanco y negro— y en la televisión. Era invierno. Navidad. Había niebla y nieve. La gente arropada, bien cubierta con gorros y abrigos negros, le llevaba regalos a los que vivían en el lado comunista. Sin saber por qué —tal vez por la manera en que era dada la noticia— la escena se me hacía más triste, desalentadora. El muro era el villano, el antagonista en esa historia triste, que sólo duraba en las pantallas unos cuantos minutos, ni siquiera cinco. Eso fue todo lo que supe sobre el muro en esos años, hasta que un día estuve frente a él.

En la temporada decembrina de 1975 salí de Inglaterra rumbo al continente con mochila al hombro. De un ferry desembarqué en el puerto de Ostende, en Bélgica, una madrugada helada y llena de viento. En esos años todavía era muy común viajar de aventón, no era tan peligroso. Por otro lado, las becas de los estudiantes eran muy magras, apenas alcanzaban para comer y pagar el hospedaje. Tampoco, hace treinta años, Europa en general era tan rica como lo es hoy, era más barato el hospedaje y la comida en el continente.

La meta era Berlín y celebrar ahí el año nuevo, pero antes pasaría la fiesta de Navidad en Ansberg con unos amigos. En dos aventones en tráiler llegué a Colonia, ya bien entrada la mañana. En la estación del tren, que se halla prácticamente bajo la monumental catedral, desayuné mientras escuchaba villancicos entonados por un coro de niños —del *Salvation Army*, tal vez—; inermes las gruesas torres estaban en plena restauración. De ahí, Ansberg está a tiro de escopeta. Al margen diré que entre los andamios de las obras que se llevaban a cabo en la catedral se suscitó un accidente que me impresionó de tal

manera que, casi diez años después, sería el detonador de mi primera novela.

Llegué a Berlín el 31 de diciembre a mediodía. Un sacerdote católico, de sotana negra, cuello blanquísimo y enorme cadena con crucifijo —que no entendía ni inglés ni español (yo no hablaba alemán, y sigo sin hacerlo); dato curioso, ya que hasta los trailers dominaban el inglés o el francés con mucha soltura— me levantó en Westfalia o en Koblenza; yo solamente veía pasar nombres que me eran familiares por la emba rrada de historia universal que a uno le dan en la prepa.



Sin título (de la serie *Liminal Animal*), acuarela y tinta sobre papel de algodón, 15 x 22, 2014.

Recuerdo que cuando circulaba la carretera estaba muy deteriorada, llena de baches, y que el paisaje se miraba agreste, desperdiciado, sin mucha actividad agrícola, comparado con el de la otra Alemania, la que acabábamos de dejar atrás. A señas el sacerdote me invitó a almorzar y luego me dejó en un albergue juvenil muy barato. El hombre había hecho su obra de caridad de la semana y se lo agradecí mucho, también a señas.

Berlín ya estaba de fiesta. Esa tarde en el albergue conocí a un gringo también estudiante, que andaba recorriendo los lugares por donde su padre había pasado durante la Segunda Guerra Mundial. Traía un mapa con la ruta de una peregrinación marcada con tinta morada, y además su padre, por cuestiones de trabajo, había estado presente durante la construcción del muro. Él había visto cómo se levantaba el muro. Y su vástago ahora quería recorrerlo a media noche como su padre lo había hecho muchas veces tiempo atrás.

Acompañé a mi nuevo amigo en su recorrido. Fue una experiencia extraña. Nos

fuimos a lo largo del muro hasta donde nos fue posible; había lugares muy oscuros, sobre todo cuando el muro pasaba por un parque, y otros donde ya no se podía seguir caminando pegado al muro. Recuerdo que siempre se sentía un vigilado desde la otra orilla. Había soldados bien armados en las azoteas de los edificios vacíos, silenciosos, del otro lado. Parecía que en la otra Alemania no viviera nadie. Hubo momentos en que nos echaron la luz de un reflector o de una lámpara de mano. Y nos gritaban y sonaban alarmas cuando nos acercábamos demasiado al muro. El gringo —ya no recuerdo su nombre ni de dónde era— no dejó de hablar de su padre y todo lo que le contó sobre el muro, la guerra y Berlín.

Debo confesar que esa noche aprendí muchas cosas sobre el muro, que yo había visto en un noticiero cinematográfico de una pequeña ciudad perdida en el norte de México. Al siguiente día, a la luz del sol, lo recorrimos junto con los turistas. Se veía diferente.

• • •

El año pasado, caminando por el atrio de la basílica de Fátima, en el centro de Portugal, me topé con un exvoto muy peculiar: un monumento de vidrio en cuyo centro se encuentra un pedazo del muro con todo y sus pintas, como si las acabaran de hacer. A un lado, hay una placa que indica cuándo fue levantado y cuándo fue milagrosamente derrumbado, y una oración que da gracias a la virgen por haber conducido a los pueblos a su libertad.

En los santuarios, en las catedrales, así como también en las pirámides, uno siente correr por el cuerpo una energía y una nostalgia de lo sagrado que no se da, que no se siente en otras partes. El año pasado en Fátima, además de lo anterior, sentí el paso inexorable del tiempo, de todo lo que se ha ido, lo efímero de la vida; y la certeza de que las ignominias tampoco son para siempre.

Ésa fue la segunda vez que estuve frente al muro.

Sin título (de la serie Liminal Animal),
acuarela y tinta sobre papel de algodón,
15 x 22, 2014.



Paisajes imposibles³

TRES

*Corremos montados
en el ciervo que perseguimos...*

M.A. Montes de Oca

Bienvenidos a Zacatecas, reza un letrado sobre la autopista, en el lugar donde se vuelve de seis carriles.

Johnny González va llegando a su tierra montado en una Harley Davidson, después de diecisiete largos años de ausencia.

Lo acompaña en una BMW su amigo, casi su hermano, Maico de la Torre, al cual él llama su escudero.

Una gruesa cauda de ruido los sigue, como si se tratara de dos cometas negras, terrestres.

Van entrando despacio —contra su estilo— a la ciudad, pues no la conocen; y lo que más desean es encontrar rápidamente un hotel para quitarse la indumentaria de cuero negro, las botas, los guantes, los cascos, y descansar un poco.

Descansar es un decir, se hallan en la época dorada de sus cuerpos.

Deberá ser un hotel que tenga un sitio seguro para guardar sus motos, y gimnasio para seguir conservando en forma sus musculaturas.

El dinero poco importa: por eso sus padres son trabajadores incansables.

Cuando pasan frente a la catedral, se detienen un rato a ver una coreografía que se está llevando a cabo en la terraza de piedra colorada.

Tocados con enormes cornamentas de ciervo, como si cargaran un bosque seco en sus cabezas, cinco indígenas ejecutan con fervor y vehemencia la ritual danza de los ciervos.

Hacen música con la sonaja de guaje que llevan en cada mano.

Música de semillas.

Son cinco muchachos que tendrán la misma edad que ellos.

Briñando giran sobre sí mismos, como si danzaran su última danza sobre la tierra, heridos por las flechas del cazador.

Danza de muerte.

Con el dedo índice Johnny apunta a los danzantes y, como si trajera un revólver en la mano, les dispara.

iPum!, ipum!, ipum!, ipum!, ipum!, una bala para cada uno, directito al corazón, habla casi a gritos.

Sopla en la punta de su dedo.

Luego guarda el imaginario revólver en una funda imaginaria.

Maico se ríe de la ocurrencia de su amigo.

Y piensa en un dicho que la madre de Johnny les recita muy a menudo: mientras tú apuntas con el índice, tres dedos apuntan hacia ti.

Johnny escupe hacia el lado derecho y ambos continúan con su búsqueda.

Él tiene la costumbre de expulsar fuertemente la saliva por la rendija que hay entre sus dos anchos dientes.

Apenas acaba de entrar en esta ciudad y ya le pasa por la mente lo que siempre ha creído: el mundo está repleto de gente innecesaria, que realiza tareas absurdas.

Hombres, mujeres y niños voltean a mirarlos a causa del ruido que van sembrando por la ciudad.

Recorrieron sin parar la carretera de Ciudad Juárez a Zacatecas en el tiempo récord de siete horas.

Toda la mañana, a sus lados pasó a gran velocidad un país del que solamente sabían a través de los suspiros de sus padres, y éstos escasamente conocen el rincón de donde un día salieron.

Él no lo sabe, pero la tierra que ahora pisa ejerce un extraño imán para los que, como luego dicen, en ella dejaron el ombligo.

Hay tres cosas que durante toda su vida Johnny ha querido olvidar y no puede; dos tienen que ver con esta ciudad y únicamente cuando se encuentra a solas piensa en ellas.

Son una tos, un viaje y una ventana.

Aquí nació, pero de esa época tan remota sólo recuerda una calle y un patio llenos de tierra, y la tierra entra a los cuartos de adobe donde viven y le lastima sus pies descalzos.

Él tiene mucho frío, una tos dolorosa que le arranca el pecho y le cimbra la cabeza; y ese sufrimiento a nadie le importa, ni a su madre.

Mira a su alrededor y no existe ninguna persona a quien él le incumba; se siente abandonado.

A veces también siente calor y hambre, y luego todo se borra en una polvareda que le oscurece los ojos llenos de pedruscos.

Y un día, ya maduro, en un país y en una ciudad lejana —ya sin frío ni tos, saciada el hambre— aprende que estamos hechos de tierra.

Para haberlo sabido antes.

Primero se marcha su padre y se olvida de ellos por un tiempo —un tiempo es una palabra, quién sabe cuánto sea—, después su madre y sus cinco hermanos lo van a seguir.

Y él, claro, el más chico.

Recuerda que en la terminal, mientras esperan el autobús, pasa frente a ellos una vieja limosnera vestida de blanco.

De pelo también blanco como algodón, greñuda; como si una espesa niebla rodeara su cabeza, como la niebla rodea las cimas de los cerros que circulan la ciudad en otoño.

Sus dientes son grandes como de perro.

Una mujer absurda que hace y dice cosas absurdas: lleva un grueso manojo de flores de chirimía silvestre para regalarle una al que le dé limosna.

¿A quién puede beneficiar con una flor de chirimía, si éstas crecen como una plaga sobre los cerros de esta ciudad?

Se van al Norte —dice la vieja en voz alta, mirando fijamente a su madre, como si la regañara— con todos sus hijos y allá los van a soltar como se suelta un puñado de moscas.

Para que se dejen ir al abismo.

Un puñado de moscas, se va repitiendo a gritos la limosnera. ~

¹ Hasta hoy, inédito.

² Publicado en *Die Mauer. Stimmen und Stimmungen. Voces y ecos del muro*, México, UAM-Azcapotzalco, División de Ciencias y Humanidades/IPN, México, 2005, pp. 34-41.

³ Fragmento de la novela del mismo título hasta hoy inédita.